

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA  
JAVIER CASTILLO FERNÁNDEZ  
(EDS.)

LA REBELIÓN DE LOS MORISCOS DEL REINO DE GRANADA  
Y LA GUERRA EN ÉPOCA DE LOS AUSTRIAS  
ESTUDIOS PARA UN DEBATE ABIERTO



GRANADA  
2 0 2 0

## COLECCIÓN CONDE DE TENDILLA

El Centro Mixto UGR-MADOC no se responsabiliza de las opiniones de los autores.

© VVAA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6661-5

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Colegio Máximo, s.n., 18071. Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: [editorial.ugr.es](http://editorial.ugr.es)

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

# INDICE

1. Antonio JIMÉNEZ ESTRELLA y Javier CASTILLO FERNÁNDEZ. *Introducción. La rebelión de los moriscos del reino de Granada y la guerra en época de los Austrias: estudios para un debate abierto* . . . . . 9
2. Manuel BARRIOS AGUILERA. *Pensar la guerra de las Alpujarras* . . . . . 21

## I

### LA GUERRA DE REBELIÓN MORISCA: ACTORES, RECURSOS, CAMPAÑAS Y ESCENARIOS

3. Víctor J. JURADO RIBA. *La guerra de las Alpujarras en la biografía de don Luis de Requesens: el punto de inflexión de una carrera al servicio de la monarquía* . . . . . 61
4. Justo PAGEO RUZAFÁ. *Huestes, milicias y soldados en la rebelión de las Alpujarras. La estrategia de Abén-Humeya* . . . . . 79
5. Valeriano SÁNCHEZ RAMOS. *La guerra morisca granadina en el contexto imperial del Mediterráneo occidental: los inicios del conflicto* . . . . . 95
6. Antonio VALLECILLOS RUIZ. *El último intento de paz fallido durante la guerra (febrero-julio de 1570)* . . . . . 115
7. Antonio Ángel VALVERDE ROBLES. *Don Juan Enríquez de Guzmán, el pacificador de la sublevación de los moriscos* . . . . . 133

## II

### LA GUERRA DE REBELIÓN: OTRAS DIMENSIONES DEL CONFLICTO

8. Javier GARCÍA BENÍTEZ. *Camino de la deportación. Tras los últimos pasos de moriscos granadinos antes de su expulsión* . . . . . 161
9. Luis José GARCÍA-PULIDO y Paula SÁNCHEZ GÓMEZ. *Nuevos datos en torno al control defensivo del Cerro del Sol (Alhambra) en época moderna* . . . . . 177

10. Carlos J. GARRIDO GARCÍA. *Guadix y su tierra durante la rebelión de los moriscos (1568-1571): coyuntura bélica y cambios socioeconómicos . . . . .* 201
11. José María PERCEVAL. *Construir al enemigo en la guerra moderna: el paso del enemigo heroico al enemigo demonizado en la guerra de las Alpujarras . . . . .* 223

III

GUERRA, DEFENSA Y EJÉRCITO EN LOS TERRITORIOS  
DE LA MONARQUÍA DE LOS HABSBURGO

12. Aitor ARREGUI AYUSO. *Un nuevo mundo, una nueva guerra: el desarrollo de un belicismo singular en la conquista de América. . . . .* 237
13. Igor GOÑI MENDIZÁBAL. *La fabricación de armas en el País Vasco durante la Edad Moderna (siglos XVI y XVII). Una reinterpretación historiográfica. . . . .* 255
14. Javier HERNÁNDEZ RUANO. *La gestión de la guerra en la retaguardia. Antecedentes y formación de la Junta Militar de Vinaroz (1639-1643) . . . . .* 277
15. Pablo ROJO PLATERO. *La cabalgada de Frigiliana: las milicias y tropas de Vélez-Málaga contra los moriscos de la Axarquía . . . . .* 297

## *Introducción*

La rebelión de los moriscos del Reino de Granada, iniciada en la Navidad de 1568 contra Felipe II, constituyó un conflicto largo y sangriento, de orígenes complejos. Siempre se ha señalado la reacción a los decretos de la Junta de Teólogos de 1566 como la causa inmediata de la revuelta, dado que aquéllos, publicados en forma de pragmáticas entre noviembre de 1566 y diciembre de 1567, anulaban por completo la cultura, los signos de identidad y tradiciones de origen musulmán de la comunidad neoconversa –prohibición de ritos, danzas, bailes, perfumes, baños, vestimentas y uso de la lengua árabe hablada y escrita–. Los decretos de aculturación, adoptados con el parecer de una junta de teólogos que denunciaba la práctica secreta del islam y la imposible asimilación de los moriscos, provocaron importantes manifestaciones de resistencia armada, lideradas por bandas de monfíes –bandidaje morisco– que, a la postre, constituirían el sector más radical de los rebelados en las sierras alpujarreñas.

Sin embargo, las razones del levantamiento eran mucho más profundas. Desde 1560 se había producido una escalada de ataques del curso turco-berberisco sobre las costas del reino, en un contexto de miedo al avance otomano en el Mediterráneo. Además, los moriscos soportaban un incremento de las confiscaciones de bienes por parte de la Inquisición, así como una enorme presión fiscal, pagando alrededor de 40.000 ducados anuales en concepto de servicios especiales –los conocidos como servicios ordinarios y extraordinarios–, que servían para financiar la defensa de la costa del reino y mantener en suspenso los decretos de aculturación de 1526, promulgados por Carlos V durante su visita a Granada. Aquellos mismos que, precisamente, se iban a reactivar en 1566 para borrar cualquier resto de identidad islámica entre los moriscos. La medida, detonante directo de la guerra, se adoptaba en un



contexto de tensión creciente y de ruptura del sistema de pactos cimentado desde la conquista con las élites colaboracionistas moriscas, a raíz de medidas como la prohibición de licencias de armas para la aristocracia morisca o la capacidad de tener esclavos negros a su servicio. Estos tenían como sus mejores interlocutores con la Corte a los Mendoza, marqueses de Mondéjar, capitanes generales del reino durante tres generaciones y partidarios de mantener el *statu quo*.

La guerra se desarrolló en varias fases. La primera tuvo lugar en la comarca montañosa de la Alpujarra, poblada mayoritariamente por moriscos, que coronaron como rey a Hernando de Córdoba y Valor, con el sobrenombre de Aben Humeya, por considerarse miembro de una familia descendiente de la dinastía de los Omeyas. Desde los inicios del conflicto se evidenciaron diferencias importantes en el seno del bando morisco, entre los sectores más violentos, capitaneados por los líderes de las bandas monfíes, que buscaban la ayuda y alianza con el imperio otomano para constituir un estado islámico sujeto al vasallaje de la Sublime Puerta, y los más moderados, representados por los viejos linajes aristocráticos y colaboracionistas con la administración castellana, radicados en el barrio del Albaicín. No en vano, pese a los primeros titubeos, el barrio capitalino nunca secundaría abiertamente la revuelta, lo que, a la postre, sería fundamental para el fracaso de la misma.

En el bando cristiano también hubo diferencias internas. Dado que las autoridades castellanas reaccionaron tarde, la revuelta pudo extenderse al marquesado del Cenete, el valle de Lecrín y las costas de Granada y Málaga. El marqués de Mondéjar vio contestada su autoridad desde el principio por el presidente de la Chancillería, don Pedro de Deza, quien nombró jefe del ejército que debía sofocar la revuelta en el flanco oriental al marqués de los Vélez, adelantado y capitán mayor del Reino de Murcia, enemistado desde hacía tiempo con los Mendoza por asuntos de jurisdicción en sus señoríos almerienses. Mientras que en la zona de Almería don Luis Fajardo capitaneaba una campaña especialmente violenta, dirigida a contener el avance de los rebelados hacia la capital almeriense, en la Alpujarra granadina, el marqués de Mondéjar, con un ejército compuesto en su mayor parte por milicias locales, intentaba conciliar medidas represivas contra los más radicales, con una política de negociación y pactos con los moderados, a fin de aprovechar sus importantes diferencias internas. No obstante, la campaña se alargó más de lo esperado, por las características del



terreno, propicio para escaramuzas y emboscadas, y por la extrema violencia de las compañías de milicias concejiles, que reactivaron la revuelta en numerosas zonas.

La siguiente fase se inició en abril de 1569, cuando, ante el estancamiento de las operaciones, se temió un importante apoyo militar del imperio otomano a los sublevados, intensificado a partir de mediados de ese mismo año con cerca de 4.000 hombres, armas y provisiones para secundar la revuelta. Sin duda alguna, la guerra no puede entenderse fuera del contexto de la política norteafricana de Felipe II y del sistema de equilibrios establecido en el Mediterráneo occidental. El Rey Prudente era consciente del peligro que suponía la internacionalización de una guerra en el mismo corazón de la Monarquía Hispánica, cuando pretendía convertirla en la potencia hegemónica en Europa. No obstante, los últimos estudios coinciden en minimizar la importancia real que pudo tener la ayuda de la Sublime Puerta a los rebeldes, convenientemente exagerada por los cabecillas del bando morisco, dado que Selim II, a pesar de poner atención a los sucesos del reino granadino, tenía sus propios problemas internos, contaba con la fuerte presión del imperio persa en su frontera oriental y no confiaba demasiado en la capacidad de los líderes sublevados para llevar a buen puerto la guerra.

Por los factores apuntados, Felipe II decidió nombrar a su hermanastro, don Juan de Austria, general en jefe del ejército real, al frente de un importante contingente de tropas del tercio, procedentes de Italia, cuyas fuerzas desembarcarían en las costas cercanas a Vélez Málaga, lo que sirvió para frenar la extensión de la rebelión a las sierras malagueñas. El asesinato de Aben Humeya por el sector más radical, cuando trataba de negociar una rendición ventajosa, y su sustitución por su primo Aben Aboo, recrudecieron aún más el conflicto. A partir de entonces, don Juan de Austria cosecharía varias victorias en el altiplano granadino –destacando especialmente la sangrienta toma de Galera–, intercaladas con algunas de los moriscos en enclaves aislados. El final de la guerra, cerrada con el asesinato de Aben Aboo el 13 de marzo de 1571 a manos de sus correligionarios, estuvo presidido por las campañas de saqueo y asesinatos indiscriminados de cuadrillas de soldados, muchos de ellos familiares de «mártires» cristianos, sedientos de venganza.

El conflicto de 1568-71 reunió buena parte de los principios que caracterizaban las guerras del siglo XVI: las dificultades en la es-



trategia, la logística y la táctica militar de la época, los procedimientos de reclutamiento de hombres para la guerra, los problemas en el mando y movilización de tropas milicianas y profesionales en distintos escenarios, el desarrollo de emboscadas y campañas a campo abierto, la participación de bandas de insurgentes, etc. En el ámbito militar, la guerra de las Alpujarras tuvo como primera consecuencia un replanteamiento a gran escala de la política defensiva de Felipe II, produciéndose a partir de entonces un importante programa de reformas en el plano de la poliorcética y las estructuras castrenses peninsulares y, a más largo plazo, la articulación de una milicia general castellana que permitiese contar con una fuerza armada en caso de necesidad, que a la postre fracasaría. En el plano estratégico, la guerra puso sobre la mesa las carencias de las milicias concejiles y del ejército de la Monarquía para afrontar lo que fue una verdadera guerra de emboscadas y «guerrillas» –si se nos permite el anacronismo–, en un territorio cuya orografía era especialmente compleja y que los moriscos granadinos conocían a la perfección. Y en el logístico también planteó serios obstáculos, dadas las exigencias financieras que conllevó la movilización de grandes contingentes armados y trenes de avituallamiento, un gasto asumido por la Corona y también por señores como el marqués de los Vélez, que adelantó importantes recursos de su propia casa para la campaña en el sector oriental del reino.

Por otro lado, la de las Alpujarras fue una verdadera guerra civil y religiosa en pleno territorio peninsular. Gracias a las crónicas de Luis del Mármol Carvajal, Diego Hurtado de Mendoza y Ginés Pérez de Hita, sabemos que durante la contienda se radicalizaron los odios acumulados hacia los cristianos viejos por parte de los moriscos, una población mayoritaria pero marginada y explotada económica y fiscalmente, que nunca llegó a ser asimilada, y que vio en la revuelta una salida desesperada. Del mismo modo, se alentaron los viejos resentimientos de la población cristiano vieja contra los naturales granadinos, tachados de falsos cristianos y colaboradores de sus hermanos de fe norteafricanos y del Turco, que por entonces controlaba el Mediterráneo oriental y amenazaba las costas italianas y peninsulares de la Monarquía Católica. Ésta llegó, incluso, a perder el control de la violencia legitimada y las matanzas de cristianos viejos constituyeron la excusa perfecta para las masacres de moriscos, producidas desde los primeros compases de la revuelta. Asimismo, el recurso a su captura y venta como esclavos por parte de la oficialidad y la soldadesca del bando cristiano





convirtió el botín de guerra en un aliciente y estímulo mucho más importante que el cobro de sus cortos salarios.

Desde el punto de vista demográfico y económico, la guerra fue un auténtico desastre y dejó una profunda huella en el reino. Se produjeron miles de muertes, se destruyó gran parte del territorio y los moriscos fueron expulsados y dispersados por Castilla. Felipe II consideró la rebelión un delito de lesa majestad *divina* y *humana* y los levantiscos fueron condenados como traidores a los que se podía imponer pena capital. Tras un breve debate legal y teológico, a inicios de 1569 se justificaba trocar la pena de muerte por la legalización de la esclavitud para todos los rebeldes, a pesar de estar bautizados y ser vasallos del Rey Católico, con la excepción –teórica pero no de facto– de los niños menores de diez años y medio y las niñas menores de nueve años y medio. Este punto es fundamental, porque la medida permitió la creación de un gigantesco mercado esclavista con elevadas cotas de especulación, que en los años subsiguientes al conflicto implicaría a unas 30.000 personas, la mayoría mujeres y niños, que fueron vendidos fuera del reino, allí donde podían alcanzarse precios más elevados. A partir de febrero de 1571, todos los moriscos, tanto los rebeldes como los «de paces», fueron deportados en masa al resto de territorios andaluces y castellanos, principalmente a las ciudades de Jaén, Sevilla, Córdoba, Toledo, Ciudad Real y Murcia. Sus bienes fueron confiscados y repartidos entre repobladores cristianos viejos que debían ocupar las nuevas áreas vacías. Sin embargo, la repoblación no solucionó el impresionante despoblamiento provocado por la expulsión que, según los especialistas, pudo afectar a alrededor de 80.000 seres humanos. El territorio, a la postre, pasaría por un importante período de crisis económica y Granada nunca lograría a recuperar el papel que había ocupado en la Monarquía desde su conquista. Años después, ya durante el reinado de Felipe III, los moriscos granadinos acabarían siguiendo el mismo destino que el resto de los que poblaban la Península Ibérica: su deportación definitiva de suelo hispano entre 1609 y 1614, en un proceso que implicó a unas 300.000 personas, el mayor éxodo registrado en la Europa de los tiempos modernos, por encima del que sufrieron los judíos sefardíes a fines del siglo xv y muy superior, por ejemplo, al que afectó desde 1685 a los hugonotes franceses.

No cabe duda, pues, de que el conflicto desarrollado en tierras granadinas entre 1568 y 1571 podría calificarse como la guerra interna de mayores dimensiones acaecida en los territorios



peninsulares de la Monarquía Hispánica, desde el estallido de la primera rebelión de las Alpujarras en 1499 y las revueltas de las Comunidades de Castilla (1520-1522) y Germanías de Valencia (1519-1523), y una de las grandes guerras de religión producidas en el continente europeo. De su importancia dan sobrado testimonio los relatos de los denominados «cronistas mayores» de la guerra: Diego Hurtado de Mendoza, historiador, político, humanista y embajador con dilatada experiencia, cuya *Guerra de Granada*, escrita en un estilo exquisito y en clave de ensayo, recoge en gran medida las opiniones de un observador parcial, miembro de la familia de los Mendoza y muy crítico con el papel jugado por los letrados y nuevos representantes de la Corona en la capital granadina; Luis del Mármol Carvajal, historiador, autor de una *Descripción General de África*, con largos servicios militares y testigo directo de los sucesos como veedor del ejército real, quien en su *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada* nos dejó la que sin duda es la mejor y más documentada crónica de la guerra, desde las exhaustivas descripciones geográficas, pasando por las distintas campañas y escenarios bélicos, así como los actores que participaron en la contienda; y Ginés Pérez de Hita, también testigo de los acontecimientos, a tenor de su participación durante su juventud, desde tierras lorquinas, en el ejército dirigido por el marqués de los Vélez, lo que le valió información suficiente para abordar una narración diferente, con matices etnológicos y literarios, del conflicto en la *Segunda parte de las Guerras Civiles de Granada*.

A estas obras les siguen otros relatos menores, diseminados en memoriales y crónicas de sucesos locales que contienen información parcial sobre campañas específicas de la guerra, así como una dilatada nómina de trabajos realizados por historiadores contemporáneos, entre los que cabe destacar, con luz propia, los firmados por Valeriano Sánchez Ramos y Javier Castillo Fernández. El primero es el mayor especialista sobre la guerra de Granada, autor de numerosos artículos sobre el tema –uno de ellos constituye uno de los capítulos de este volumen colectivo– y de una interesante y documentada monografía sobre la campaña liderada por el segundo marqués de los Vélez. El segundo ha firmado dos obras de incuestionable relevancia para cualquier investigador que quiera acercarse al estudio de la guerra, fruto de su tesis de doctorado: un libro dedicado a la vida y la obra de Luis del Mármol Carvajal y la que puede considerarse, sin duda alguna, la edición crítica definitiva de la crónica de Mármol, en la que realiza un impresionante



despliegue de investigación histórica, con un aparato crítico que constituye un verdadero *vademécum* del conflicto.

En línea con la relevancia de la guerra de rebelión en la actual historiografía modernista, debe destacarse la reciente publicación de un número monográfico dedicado a la guerra de rebelión en la revista de divulgación militar *Desperta Ferro* –número 25 de 2016–, con la participación de varios especialistas, y la celebración, entre el 21 y el 22 de noviembre de 2018, con motivo del 450 aniversario de la rebelión de las Alpujarras, de un congreso que bajo el título «Recordar la guerra, construir la paz», tuvo lugar en las localidades de Bubión y Laujar de Andarax. El mismo, organizado por la Universidad de Granada, la Mancomunidad de municipios de la Alpujarra Granadina y el Centro de Estudios Históricos del Valle de Lecrín, dio cabida a numerosas mesas y sesiones, entre las que se desarrolló una específica y monográfica sobre la guerra en la Edad Moderna, coordinada por los editores de este libro. En dicha sesión, y luego de un proceso de selección y evaluación, se presentaron distintas comunicaciones, cuyos textos, con las correcciones posteriores incorporadas, son los que recoge este volumen colectivo, dividido en tres grandes bloques que vienen precedidos por el texto de la ponencia inaugural, a cargo de Manuel Barrios Aguilera. En ella, el doctor Barrios hace una acertada reflexión crítica y síntesis sobre la guerra de los moriscos como fenómeno histórico e historiográfico, centrada en un análisis del papel ocupado por los relatos de los tres grandes cronistas del conflicto, desgranando sus principales defectos y virtudes, una interesante revisión sobre la temática historiográfica de los «martirios» cristianos de las Alpujarras, en la que el autor es consumado especialista y, por último, la propuesta fundamentada de una obra de conjunto y con marcado carácter divulgativo –sin renunciar al rigor científico– sobre la guerra de rebelión.

La primera parte del libro, que versa sobre los actores, recursos, campañas y escenarios de la guerra de rebelión, se inicia con un estudio de Víctor J. Jurado Riba en el que aborda la figura de don Luis de Requesens, a partir de su ascendencia nobiliaria, su condición de miembro de una alta aristocracia desempeñada en puestos militares en la segunda mitad del siglo XVI, su papel político y militar durante el conflicto como lugarteniente de don Juan de Austria y, más importante, el modo en que la guerra de las Alpujarras influyó posteriormente en su carrera política y militar al servicio de Felipe II en otros escenarios bélicos, como Milán y



Países Bajos. Le sigue el artículo de Justo Pageo, que se ocupa de lo que denomina «estrategia militar de Abén-Humeya». Lanza una hipótesis sugerente y que nos pone sobre la pista de cuál pudo ser el principal objetivo militar de Hernando de Valor: conseguir, mediante la conquista y consolidación del control territorial sobre Almería, un puerto marítimo que facilitase la estrategia de desembarco de las naves que debían provenir del imperio otomano en ayuda de sus hermanos de fe. El fracaso en esta estrategia, según el autor, convenció al líder morisco de que la rebelión armada tendría pocos visos de éxito, obligándole a buscar una salida pactada al conflicto, que a la postre no fructificó. En el siguiente trabajo, Valeriano Sánchez Ramos realiza una necesaria contextualización de la guerra de rebelión en el marco general de la política internacional de Felipe II, y destaca cómo la propia guerra influyó decisivamente en dicho espacio geopolítico. Para ello, toma en cuenta la importancia que siempre tuvo Berbería para los moriscos y el modo en que la Monarquía, ante la prolongación de la contienda, el fracaso inicial de su ejército y la intensificación de la amenaza otomana, se vio obligada a desplazar a Granada los tercios desde Italia. En su opinión, estas medidas mostraban cómo el Mediterráneo constituía un espacio de gran fragilidad, sometido al sempiterno peligro de los reinos y estados norteafricanos, en conexión con la política expansiva y el protectorado ejercido en la zona por la Sublime Puerta, que amenazaba con el envío de una potente flota que podía trastocar el desarrollo de la contienda. Antonio Vallecillos, por su parte, analiza el último intento de paz fallido durante la contienda, protagonizado en la primavera de 1570 por varios caudillos del bando morisco y por interlocutores leales de Guadix y su zona, en los territorios del marquesado del Cenete, los valles de Almanzora y el Andarax. El autor expone cómo la tentativa, que recordaba al primer intento de rendición pergeñado por don Íñigo López de Mendoza y que a la postre le valdría su caída política y ostracismo del reino, terminó abocada al fracaso, culminando con el asesinato de su más importante instigador, Hernando el Habaquí, por orden de Aben Aboo. Cierra este primer bloque el estudio de Antonio Ángel Valverde, centrado en la figura de don Juan Enríquez de Guzmán, hermano de don Enrique Enríquez, señor de moriscos en la zona de Baza. Con base en el análisis del borrador de un memorial manuscrito de don Juan, que, a grandes rasgos, coincide con el relato de los grandes cronistas de la guerra, el autor hace un recorrido por la vida de este noble castellano, sus



recuerdos antes de una contienda que en principio quiso evitar, y su participación en la campaña. Asimismo, aborda su papel en la negociación de los acuerdos de rendición y durante las tareas de escolta de los moriscos expulsados en el área nororiental, donde desempeñó el gobierno militar de la frontera.

La segunda parte del libro aborda otras dimensiones de la guerra de rebelión de los moriscos. En el primer capítulo, Javier García Benítez realiza un interesante estudio sobre el destino seguido por los moriscos de paces antes de su expulsión del reino. A partir de un documento de la sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, que contiene una relación de 265 moriscos granadinos, el autor trata de arrojar nuevas luces sobre la primera fase de la expulsión, aportando datos sobre los lugares de procedencia de los moriscos afectados y el itinerario que siguieron por el camino del valle de Lecrín, una de las principales arterias de comunicación que unía la costa de Granada con la capital del reino. Le sigue el trabajo de José Luis García Pulido y Paula Sánchez Gómez, dedicado al análisis del complejo hidráulico de la Alberca Rota y los Pozos Altos en el cerro del Sol en la Alhambra y de la estructura de planta pentagonal descubierta en dicho complejo, con motivo de las intervenciones arqueológicas que se vienen desarrollando allí en los últimos años. Gracias a un documentado estudio histórico-arqueológico, ambos autores tratan de demostrar la hipótesis de que dicha construcción esté vinculada a las necesidades defensivas de la Alhambra en el cerro del Sol durante el siglo XVI y, más concretamente, sitúan su edificación y funcionalidad como estructura castrense en el marco de la guerra de rebelión morisca. El tercer trabajo, firmado por Carlos J. Garrido, aborda el desarrollo de la guerra de rebelión en Guadix y su tierra, y el posterior proceso de crisis en que entró la zona, a consecuencia de la presión ejercida por los moriscos en el territorio y el paso de los ejércitos castellanos. El autor demuestra cómo una de las mejores vías para poder soslayar dicha crisis fue la obtención de un considerable botín de guerra, compuesto por los bienes incautados a los moriscos y, mucho más importante, la enorme masa de población morisca sometida a esclavitud –fundamentalmente mujeres y niños–, que otorgaron grandes posibilidades de enriquecimiento a las oligarquías y las elites locales y militares, con consecuencias importantes sobre la nueva sociedad repobladora. La última aportación de la segunda parte del libro viene de la mano de José María Perceval, en torno al proceso de construcción de la imagen del enemigo en la



guerra moderna, usando para ello el contexto de la rebelión de las Alpujarras. Perceval estudia la visión del enemigo en las crónicas y relatos literarios de la guerra de rebelión, centrándose en aspectos como la guerra de ataque y el botín, la guerra de defensa de unos valores puestos en peligro, pasando por el recorrido de la figura del enemigo heroico al monstruo de los martirios de las Alpujarras. Analiza, en fin, el momento en que se produce el enfrentamiento entre diversas descripciones de la guerra y sitúan sus particulares relatos de la violencia.

La tercera y última parte del libro gira sobre un amplio abanico de aspectos en torno a la guerra, la defensa y el ejército en los territorios de la Monarquía de los Austrias. El primer trabajo, de Aitor Arregui, nos transporta a otro plano del imperio de los Habsburgo, el continente americano. En él defiende la tesis de que con la llegada de los españoles a las Indias se van a desarrollar nuevas formas de hacer y concebir la guerra, centrándose en el caso de la Guerra Chichimeca, desarrollada durante la primera mitad del siglo XVI, en el contexto de la campaña de conquista de México. Su análisis aborda las dos caras de la moneda –la parte española e indígena–, y sitúa las transformaciones, adaptaciones y evoluciones acaecidas en el arte de la guerra durante el conflicto, en el marco de lo que denomina un nuevo belicismo propiamente americano. A continuación, Igor Goñi estudia la fabricación de armas en el País Vasco durante los siglos XVI y XVII. Su artículo trata de ofrecer una reinterpretación historiográfica de la evolución de este sector durante dicho período, a partir de la dispersa producción bibliográfica y de fuentes sobre la temática para, seguidamente, analizar las primeras referencias con que contamos en el País Vasco, los orígenes, la organización y financiación de las Reales Fábricas de Armas de Placencia de las Armas-Soraluze y de la Real Armería de Tolosa. Le sigue el trabajo de Javier Hernández Ruano, dedicado a lo que llama «gestión de la guerra en la retaguardia». En él estudia los antecedentes, las causas y funciones desarrolladas por la Junta de Guerra de Vinaroz, organismo que se creó en el otoño de 1641, en el contexto de la guerra iniciada en 1635 contra Francia. El objetivo principal de la Junta fue, como demuestra el autor, organizar la logística y administración del transporte de tropas y vituallas para socorrer el Rosellón, evidenciando las crecientes exigencias administrativas y contables que implicó la provisión del ejército y su fiscalización en el siglo XVII. En otro marco cronológico y escenario geográfico, el artículo de Pablo Rojo Platero, que cierra este tercer



bloque, se ocupa de una de las muchas «cabalgadas» que tuvieron lugar en la costa del Reino de Granada con motivo de los ataques del curso turco-berberisco, en este caso, la de Frigiliana de 1548. Partiendo de la idea de que esta localidad malagueña constituyó una de las más importantes cabezas de puente para la huida de moriscos al norte de África, el autor, con base en la documentación procesal generada por el suceso, realiza una exhaustiva descripción de los acontecimientos que implicaron a un importante grupo de moriscos que provenían de diversas partes del Reino de Granada.

El conjunto de trabajos que aquí se presenta es el fruto de numerosas investigaciones primarias y, en cierta medida, de los interesantes debates suscitados durante las sesiones del congreso para el que se elaboraron los textos en su primera versión. Como puede observarse, la variedad de temas abordados en este volumen en torno a la guerra de las Alpujarras como fenómeno bélico, social, económico y político, su contextualización en el marco general de la geopolítica y la estrategia mediterránea e internacional de los Habsburgo, así como los estudios sobre la defensa, las distintas formas de hacer la guerra, la movilización de los ejércitos y los recursos militares en diferentes escenarios territoriales de la Monarquía Hispánica en los siglos XVI y XVII, ponen sobre la mesa la relevancia de la guerra de rebelión morisca como un tema que sigue estando sometido a debate en la historiografía modernista y que, como acertadamente apunta Manuel Barrios, aún no cuenta con una monografía de síntesis que aborde el conflicto de 1568-71 en todas sus dimensiones. Esperamos que, en la medida de lo posible, la lectura de estos estudios contribuya de algún modo a que ese libro «definitivo» sobre la guerra vea la luz.

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA  
JAVIER CASTILLO FERNÁNDEZ



# *Pensar la guerra de las Alpujarras*

MANUEL BARRIOS AGUILERA

## 1. INTRODUCCIÓN

Debo empezar agradeciendo a los directores del congreso, mis apreciados Margarita Birriel y Raúl Ruiz, la oportunidad que me ofrecen de pensar, o sea, de reflexionar públicamente sobre la Guerra de las Alpujarras. Saben bien de cómo me interesa esta clase de opción historiográfica. En mi edad y estado académico nada me apetecería menos que afanarme en aportar estos o aquellos datos archivísticos sobre el suceso, tanto más cuanto que entiendo que la base factual de la materia es más que suficiente, y en algunos aspectos óptima, para formar un relato coherente de la guerra en sus más diversas manifestaciones. Me interesa más hallar el medio de difundir con todas las garantías los avances experimentados hasta hoy, que son muchos, si fuera posible en una buena obra de conjunto. Volveré al final sobre ello.

No hay temática histórica que no demande reflexión, pero algunas por su propia naturaleza controvertible, con mayor razón. El mero vaciado de las fuentes (tanto primarias como secundarias) no es suficiente, pues aun las más seguras implican un *sesgo*; es decir, son susceptibles de un desvío más o menos intencionado, a veces, falaz. Y ¿qué decir de las crónicas y relatos que se han sucedido a lo largo de cuatro siglos y medio? Evidenciar estas realidades, sin duda obvias para el especialista, es, sin embargo, un ejercicio necesario, una obligación ineludible del historiador. Entiendo, pues, indispensable que todo trabajo de investigación o de síntesis, o congresual, comience por un estado de la cuestión, aunque sea mínimo, muy selectivo, o si se prefiere, una reflexión, ese *pensar*, en que se valoren los principales hallazgos habidos hasta el presente, sentando las bases de la evaluación de las aportaciones más o menos novedosas que se sigan. En consecuencia, abrir el congreso de esta manera me parece congruente: tanto más si coadyuva a preve-





nir de los riesgos de las posturas acríticas, contribuyendo a forjar un buen antídoto a la manipulación. Valga esta charla para invitar a la relectura de los mejores trabajos que se han venido publicando por los especialistas desde la mitad del siglo pasado, cuando se inició la renovación moderna de los estudios de los moriscos, y que no nos es posible traer aquí<sup>1</sup>.

He realizado a lo largo de mi dilatada labor investigadora varias aproximaciones biblio-historiográficas, tanto sobre el conjunto de la historia de los moriscos del Reino de Granada, como de otras temáticas particulares consustanciales al proceso bélico que me resultan especialmente queridas: la repoblación de Felipe II tras la guerra, los «Martirios de las Alpujarras»/»Libros plúmbeos y sus consecuencias» (o, si se prefiere el «Ciclo falsario granatense»)<sup>2</sup>. A

1. Ante la imposibilidad de ofrecer una mínima relación de obras y autores que desde la mitad del siglo pasado han hecho aportaciones sustanciales al conocimiento de la guerra de los moriscos de Granada citaré nombres de quienes han hecho trabajos específicos y que en sucesivas oleadas han llegado hasta hoy; siempre a partir de las sugerencias braudelianas que se personificaron en Joan Reglá, Henri Lapeyere y Halperín Donghi: Kenneth Garrad, Julio Caro Baroja, Antonio Domínguez Ortiz, Nicolás Cabrillana Ciézar, Darío Cabanelas Rodríguez, José Ángel Tapia Garrido, Erika Espivakovsky, María Soledad Carrasco Urgoiti, Bernard Vincent, Joaquín Gil Sanjuán, Rafael Benítez Sánchez-Blanco, Miguel Ángel de Bunes, Francisco Andújar Castillo, Margarita Birriel Salcedo, José Antonio González Alcantud, Enrique Soria Mesa, Ángel Galán Sánchez, Antonio Muñoz Buendía, Juan Jesús Bravo Caro, José Francisco Jiménez Alcázar, Juan Grima Cervantes, Javier Castillo Fernández, Valeriano Sánchez Ramos, Amalia García Pedraza, Aurelia Martín Casares, José Luis Puga Barroso, Ricardo Ruiz Pérez, Antonio Jiménez Estrella, Carlos Javier Garrido García... En mi compilatorio *La suerte de los vencidos. Estudios y reflexiones sobre la «cuestión morisca»* (Granada: Universidad y El legado andalusí, 2009) incluyo cuatro monografías de asuntos particulares de la guerra, junto a estados de la cuestión sobre el conflicto, que ayudarán a completar y valorar la nómina de los estudiosos más significativos. Para trabajos muy localizados, confrontar las aportaciones de Valeriano Sánchez Ramos.

2. Pueden verse entre otros: «Una aproximación bibliohistoriográfica a los moriscos granadinos», en *Moriscos y repoblación en las postrimerías de la Granada islámica* (Granada: Diputación, 1993), 23-41; el apartado referente a la guerra, 13-41. Sobre la repoblación filipina, el libro que publiqué en colaboración con Margarita M.<sup>a</sup> Birriel Salcedo, *La repoblación del Reino de Granada después de la expulsión de los moriscos. Fuentes y bibliografía para su estudio. Estado de la cuestión* (Granada: Universidad y Grupo de Autores Unidos, 1986); que actualicé en sus principales líneas en los capítulos II y III, de Barrios, *Moriscos y repoblación*, 43-128, y después, en Barrios, *La suerte de los vencidos*, 281-324. Sobre los «martirios», el «Ensayo introductorio» al libro del padre Francisco A. Hitos, *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)* (Granada: Universidad, Colec-



ellas remito. Pienso que pese al tiempo transcurrido en algunos casos pueden ser guía para quienes se inicien en estas materias. Para los especialistas, seguramente nada, pues de sobra saben qué autores y obras deben utilizar y, mejor aún, cuáles silenciar o disimular.

Como es imposible siquiera nombrar en este momento todos y cada uno de los problemas de la rica temática bélica, me voy a centrar en tres, sin renunciar, aunque sea de forma alusiva a los demás, poniendo en todo caso énfasis en cuestiones metodológicas y, siempre, acentuando la vertiente didáctica, que buena falta hace. Serán:

- Primero, una reconsideración del papel central de las tres grandes crónicas de la guerra.
- Luego, el especialísimo tema de los «martirios», tan traído y llevado, y no por casualidad.
- Y, en fin, a modo de epílogo, una propuesta de redacción de una obra conjunta sobre la guerra basada en los muchos estudios de investigación y síntesis parciales existentes, aventurando alguna pauta editorial.

De todo ello se puede extraer alguna lección.

## 2. LA TRES GRANDES CRÓNICAS DE LA GUERRA, HISTORIA CON MAYÚSCULA

Sobre la guerra de los moriscos de Granada existen tres crónicas mayores (pues no faltaron otras de menor entidad, casi siempre parciales) que se iban formando al compás de los acontecimientos. Son auténticos paradigmas: las de Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y Ginés Pérez de Hita<sup>3</sup>. Han marcado

---

ción *Archivum*, 1993), VII-LXV; luego, en el libro escrito en colaboración con Valeriano Sánchez Ramos, *Martirios y mentalidad martirial en las Alpujarras. De la rebelión morisca a las «Actas de Ugíjar»* (Granada: Universidad, 2001). Sobre el ciclo falsario de Granada, una «síntesis previa», en Manuel Barrios Aguilera, *Los falsos cronicones contra la historia (o Granada, corona martirial)* (Granada: Universidad, 2004), y, sobre todo, en su máximo desarrollo, en Manuel Barrios Aguilera, *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito* (Granada: Universidad, 2011).

3. Una visión de conjunto, sintética y precisa, la ofrece Javier Castillo Fernández, «La guerra de los moriscos granadinos en la historiografía de la época (1570-1627)», en *La historia del Reino de Granada a debate. Viejos y nuevos temas. Perspectivas de estudio*, ed. Manuel Barrios Aguilera y Ángel Galán Sánchez (Málaga: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 2004), 677-703.



el estudio y comprensión de un conflicto complejísimo. En esto, somos afortunados, aunque acaso debamos aceptar la paradoja de que haya sido su alta calidad la que ha podido inhibir la escritura de una historia moderna de la guerra... Interesa resaltar aquí el hecho de que por mucha que sea la calidad de esas crónicas, en seguida se capta el *sentido de su sesgo*, que tanto tiene que ver con la peripecia personal de los autores. No digamos de los escritos grandes y pequeños que se sucedieron, y que de una u otra manera bebieron en ellas. No hay escrito posterior sobre la guerra que no haya experimentado su influencia. Sin renunciar a una descripción suficiente del itinerario de los autores, de los contenidos de las obras y de los principales avatares eruditos, he de centrarme en el papel de las crónicas en la aprehensión del conflicto bélico y de la historia toda de los moriscos reino-granadinos, de la que la guerra es parte esencial<sup>4</sup>. Y ello, de la mano de las aportaciones últimas que significan pasos decisivos en su intelección.

a) «*Guerra de Granada*», de Diego Hurtado de Mendoza. *Humanismo, política e historia*

Don Diego Hurtado de Mendoza es figura preeminente en la historia de la cultura española del siglo XVI, un alto exponente del humanismo renacentista. Reunió en su persona las condiciones de poeta, historiador, soldado, cortesano, político y embajador real. Su vida y su actividad plurifacética se desarrollaron en mayor medida fuera de Granada, pero su vinculación con ella ha perdurado, y de forma indisoluble, gracias a una obra histórica de primer orden, *Guerra de Granada*<sup>5</sup>.

Nació en la ciudad de Granada en 1503, de la alta cuna de los Mendoza: hijo del primer capitán general del Reino de Granada, don Íñigo López de Mendoza, II conde de Tendilla. Estudió bajo la dirección de Pedro Mártir de Anglería, y se formó en Salamanca y

4. En los casos de los tres cronistas, me limito a reproducir, con pequeñas modificaciones funcionales, la síntesis que realicé en Manuel Barrios Aguilera, *La convivencia negada. Historia de los moriscos del Reino de Granada* (Granada: Editorial Comares, 2007, segunda edición), 358-367. Remito a la nota bibliográfica que cierra ese capítulo y a la bibliografía final del volumen.

5. Extracto de Barrios Aguilera, *La convivencia negada*, 358-360. A partir de este extracto, añado la reflexión posterior, como parte sustancial de la conferencia.



en Italia, donde asimiló las disciplinas humanísticas. Gozó del favor y alta consideración de Carlos V y durante su reinado desarrolló actividades diplomáticas y políticas de gran responsabilidad en Italia e Inglaterra; participó en hechos de armas; fue enviado de confianza del emperador en el Concilio de Trento, que procuró activar luchando contra un mar de dificultades. «Superviviente de la época de Carlos V –escribe Juan Luis Alborg– alarga su existencia durante los días del Prudente, tan ajenos a su carácter y formación». Un incidente de espada con don Diego de Leyva, a las puertas de la cámara en que agonizaba el príncipe don Carlos, da motivo a Felipe II, que nunca lo quiso bien, para desterrarlo a Medina del Campo; poco después se le ordena incorporarse a la guerra de los moriscos, donde servirá a las órdenes de su sobrino, el capitán general don Íñigo López de Mendoza, III marqués de Mondéjar. Finalizada la guerra siguió desterrado en Granada, lo que aprovechó para escribir su historia del conflicto bélico. En 1574 se le autorizó a regresar a la Corte; murió al poco tiempo de su vuelta a Madrid, en agosto de 1575. Estos son los principales datos de su peripecia vital, que desarrollados en toda su dimensión dan para una novela.

*Guerra de Granada hecha por el Rei de España don Philippe II, nuestro señor, contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes. Historia escrita en quatro libros. Por don Diego de Mendoça...* fue publicada en Lisboa, por Luis Tribaldos de Toledo, en 1627, fecha muy tardía, medio siglo después de su redacción; lo cual no impidió su conocimiento, pues, según práctica de la época, anduvo manuscrita en muchas copias, e incluso fue plagiada, y en parte versificada por Juan Rufo en *La Austríada*; Luis de la Cueva la cita en su *Diálogos de la cosas notables de Granada*, publicada en 1603, etcétera. Los modelos son Tácito y Salustio, imitados en toda su posible literalidad, lo que le hace incurrir en un estilo «conciso y cortado», que ha sido criticado por algunos; aunque va muy bien a las sentencias y reflexiones morales con que salpica su narración. Ramón Menéndez Pidal incluye un fragmento en su *Antología de prosistas españoles*, considerándola paso importantísimo en la superación de la historiografía medieval. El historiógrafo Benito Sánchez Alonso la ha calificado de «verdadero prototipo de historia humanística al que sólo falta el empleo del latín para cumplir todos los cánones de la escuela». Manuel Gómez-Moreno la calificó sin ambages como «una de las obras capitales de nuestra literatura bajo el Renacimiento. Historia la más clásica que aquí se produjo, modelo para las sucesivas [...] reaccionando sobre el estilo



narrativo, llano y machacón de nuestras crónicas». Juan Luis Alborg, desde una perspectiva literaria, dice que el autor «vacía en el cauce clásico su personal observación y logra una obra del más fuerte sabor humanista sin mengua de su potente originalidad», etcétera.

Desde un punto de vista más ajustado al fondo de la cuestión que se historia, es decir, a la materia específica de la guerra de los moriscos de Granada, Julio Caro Baroja subraya dos hechos fundamentales para la adecuada comprensión de la obra: la situación de testigo ocular de lo que relata y la «posición especialísima» que ocupaba «en la vida de la alta sociedad granadina». El primer hecho garantiza la veracidad del relato, por más que el autor huya de la exhaustividad cronística en beneficio del «ensayo»; el segundo justifica las reticencias respecto del gobierno de Felipe II, que van mucho más allá del desapego personal que se profesaron. El último editor de *Guerra de Granada*, Bernardo Blanco-González, explica elocuentemente este último hecho: «Hurtado de Mendoza no está de acuerdo con los cambios que presencia en el gobierno de España, con el auge cada vez mayor de los ‘hombres oscuros’, los legistas [...] una amplia burocracia a la que escucha más que a la tradicional clase de los ‘defensores’, los nobles, a la que él pertenece». Él y su familia, ahora postergada en beneficio de los Deza y compañía, heraldos de la decadencia patria. La guerra fue la ocasión. «Lo que don Diego no comprendió, o lo comprendió melancólicamente, es que las aguas de los ríos no pueden volver a sus nacientes, ni los pueblos a su pasado. El día de la España nobiliaria estaba llegando a su poniente» (B. Blanco-González). O como agudamente sentenció J. Caro Baroja: «...al lector actual [el autor] se le aparece, a veces, como una especie de precursor de los aristócratas franceses, escritores, letrados, que atacaron la administración de Richelieu y Luis XIV, añorando la época en que la aristocracia tenía más derechos y libertades».

\* \* \*

De las ediciones conocidas, la más fiable nos parece la que hizo Manuel Gómez-Moreno Martínez, para el *Memorial Histórico Español*, en 1948, titulada *De la Guerra de Granada, comentarios por don Diego Hurtado de Mendoza*, que es edición crítica lejos de la príncipe<sup>6</sup>. La más reciente, muy utilizada por su formato y la abundancia de

6. Tomo XLIX del *Memorial Histórico Español* (Madrid, 1948). Completa la edición un pequeño apéndice documental.



información complementaria volcada en el aparato erudito, es la realizada por Bernardo Blanco-González, *Guerra de Granada*, en 1970<sup>7</sup>. Ambas han hecho innecesario el recurso a otras ediciones menos atractivas, incluida la de Cayetano Rosell para la Biblioteca de Autores Españoles, de 1852, luego reproducida hasta más de un siglo después sin cambiar ni una coma<sup>8</sup>.

El último estudio que conozco relativo al autor y obra que nos ocupa es el libro *Don Diego Hurtado de Mendoza y la Guerra de Granada en su contexto histórico*, de Juan Varo Zafra<sup>9</sup>. Se trata del trabajo de un filólogo que realiza un preciso acercamiento a la figura y obra del cronista con las herramientas metodológicas que le son propias, con minuciosidad y pulcra erudición. Advierte el autor: que, aunque pretende un acercamiento al texto desde diversas perspectivas, prima el enfoque literario. Entendemos que nada lo obligue a relatar, siquiera en su expresión mínima, los aspectos específicamente históricos del suceso bélico, lo que no se echa en falta porque síntesis breves abundan. Entra directamente en el análisis de la personalidad plural de don Diego y en las bases de su pensamiento político y literario reflejado en la crónica. El principal mérito del estudio es sintetizar en todos los casos y desarrollar en algunos concretos, cuestiones no por conocidas menos trascendentes, tanto más si son vistas en un discurso unitario bien construido. Este sentido totalizador y sistemático hace la aportación muy valiosa y cierra el nivel de conocimiento deseable, de ahí su importancia; y nuestra atención. Una buena lectura, en definitiva.

7. Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada* (Madrid: Clásicos Castalia, 1970). No se explica que esta edición, meritoria por muchos conceptos, carezca de unos índices onomástico y toponímico.

8. Tomo Primero de *Historiadores de Sucesos Particulares* (Madrid: Ediciones Atlas, 1852); reimpressa en 1946.

9. Juan Varo Zafra, *Don Diego Hurtado de Mendoza y la Guerra de Granada en su contexto histórico* (Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2012). Con anterioridad había publicado algún artículo sobre el pensamiento político de Hurtado de Mendoza y el discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, el 12 de enero de 2009, bajo el título *La ironía trágica de Guerra de Granada, de Don Diego Hurtado de Mendoza*, donde avanzaba de forma resumida las principales cuestiones de su libro. Ha publicado, asimismo, *Diego Hurtado de Mendoza, Cartas*. Edición, selección, estudio preliminar, comentarios y notas de Juan Varo Zafra (Granada: Editorial Universidad de Granada, 2016).